

¿PUEDE UN GRAN AMOR
TORCER EL DESTINO?

VIVIANA
RIVERO

Sí

emecé

Viviana Rivero

Sí

Capítulo 1

*No debí pensar jamás en lograr tu corazón,
y sin embargo te busqué hasta que un día te encontré
y con mis besos te aturdí.*

Tango «Grisel»,
JOSÉ MARÍA CONTURSI

España,
año 1898

Manuel Loyola inclinó el cuerpo hacia delante apoyando los brazos contra la baranda de la barcaza en la que viajaba y miró el mar; cruzaba de su tierra española a la exótica ciudad de Tánger. Lo hacía seguido pero el hecho de pasar a ese mundo tan diferente al suyo –tan occidental y cristiano– siempre le hacía sentir mariposas en el estómago.

–*Êtes-vous nerveux?* –le preguntó su amigo Florián en francés con su típica sonrisa.

–Sólo un poco... –respondió Loyola en alusión a sus nervios.

En más de una oportunidad había hecho ese viaje con Florián y ambos habían comentado la extraña sensación que les producía pasar de una tierra a otra. Al francés lo había conocido hacía un par de años en ese mismo barco donde descubrieron que compartían el mismo oficio: la sastrería. Los unía una cierta complicidad de colegas: Florián se dedicaba a la confección de prendas de hombre; y él, a la de mujer. El gallo le contó que había llegado a España de visita y que terminó quedándose a vivir en la península. La profesión y el interés de sus respectivas naciones sobre Marruecos les permitían identificarse y platicar animadamente acerca de la situación política. Cuando coincidían a bordo, la actualidad les daba temas de conversación.

El español Manuel Loyola fijó la vista en el agua y pudo ver el reflejo del cielo azul; hacía calor, le caían gotitas de sudor por la frente. Buscó su pañuelo en el bolsillo del saco y se lo pasó por el rostro; luego, se peinó con los dedos el cabello castaño claro. Tenía importantes razones de peso para querer llegar lo más presentable posible; las mismas por las que ese día vestía traje y estrenaba camisa blanca. Miró las manecillas del reloj que colgaba de su pantalón negro. Era un viaje de unas pocas horas; calculaba que en breve vislumbrarían tierra y que, tras el arribo, ingresaría al mundo del islam. Tánger era moro por donde se lo viera. Lo mostraban los varios llamados a la oración que impregnaban el ambiente de sonidos religiosos, las mujeres con velo, los edificios curvilíneos con cúpulas y las voces de un idioma cargado de consonantes que, sin pausa, zumbaban en los oídos.

Manuel realizaba este viaje muy a menudo. Su trabajo de sastre de lujo se lo exigía. En cada visita, se dirigía a la parte antigua de la ciudad en busca de telas especiales; se adentraba por las calles estrechas de la medina fundada en 1400 y, entre los cientos de pequeños puestos coloridos que componían el laberinto donde los comerciantes exhibían sus mercancías, él elegía las telas para los vestidos que confeccionaría a su regreso. En el último tiempo sus viajes se habían intensificado por la necesidad creciente de materiales, había comenzado a vestir a dos importantes grupos teatrales. Sus inicios como sastre los había hecho siendo apenas un jovencito, un mero aprendiz, un ayudante en un gran taller. Ahora, sin embargo, con casi treinta años, ya poseía el suyo. Había empezado tímidamente, vistiendo a señoras elegantes y a alguna que otra actriz que lo requería para ocasiones especiales, pero la fama de su dedal lo había llevado a confeccionar el vestuario completo del plantel de actores que recorría Málaga, Sevilla y Cádiz. Semejante compromiso lo ponía contento, era una excelente oportunidad económica. Los trajes caros se pagaban bien, y disfrutaba mucho al crearlos.

En cada viaje a Tánger, Loyola conseguía géneros, festones y orlas de excelente calidad; pero de Marruecos no sólo le interesaban las telas. Desde hacía unos meses lo atraía una mujer, una que él no tenía derecho a mirar, ni siquiera a pensar, porque no era de su etnia ni de su religión. Ella usaba túnica sobre los vestidos y velos sobre su pelo. Jamás lo había visto –«ni un mechón», pensó–, aunque podía imaginarlo renegrido. Sus ojos oscuros y rasgados parecían hablar y

decirle lo que él quería escuchar. Era Amina, la bella hija de Abdel Alberahim, uno de los comerciantes que Loyola visitaba desde hacía unos años en la medina. Un tendero agradable al que apreciaba y con quien había trabado amistad. En la tienda del moro, luego de un extenso regateo al que ya se había acostumbrado, transaba la compra de gran parte de los insumos necesarios para su taller. El comerciante tenía cinco hijas, situación especial que lo llevaba a trabajar más que cualquiera, ya que sobre él pesaba la preocupación de casarlas a todas.

Manuel Loyola adquiría materiales en varios puestos de la medina, pero el de Alberahim era su preferido por la calidad de sus paños y porque le gustaba charlar con el hombre. Cada vez que visitaba la tienda, pasaba horas eligiendo lo que las manos ágiles de Amina le mostraban con gracia y presteza; ella ayudaba en el negocio de su padre desarrollando las resmas y alcanzándole los materiales. Durante su labor, la muchacha solía acariciar los detalles de los festones o tocar con la punta de sus dedos los delicados dibujos de las telas, y, al hacerlo, las texturas se volvían deliciosas a los ojos de Manuel. Alberahim, a su lado, se dedicaba a hablar de las cualidades de sus productos para convencerlo de comprarlos y metido en su mundo de oferta no se percataba de las miradas españolas sobre la suave mano de su hija.

Durante las visitas de Manuel, la muchacha hablaba muy poco, pero él, que le prestaba extrema atención, conocía muy bien su timbre de voz. Amina le gustaba mucho y, aunque no conocía ni el largo ni el color de su pelo, sí sabía de memoria su perfil de largas y copiosas pestañas, su bonita boca roja y la forma grácil de sus movimientos que hacían que su cuerpo llegara antes que la tela liviana de su túnica cuando avanzaba con pasos rápidos. Una de las cosas que más le impactaba de la joven era la disposición con la que ayudaba a su padre; siempre lo hacía con cariño y parecía adivinar lo que él pediría. Por momentos, una sonrisa dulce se adueñaba del rostro de Amina y cuando esto sucedía, para Loyola el ambiente se transformaba en fiesta. Podía jurar sobre la Biblia que reconocería el aroma de la muchacha en cualquier lugar que ella hubiese estado; la mezcla de limón y jazmín que dejaba al pasar flotando en el ambiente lo tenía subyugado. De Amina no conocía mucho más que eso. Pero tal vez, por esas curiosidades del amor, que se instala sin pedir permiso donde menos debería y cautiva a quienes no tendría que hacerlo, él se había ido enamorando de ella con sólo apreciar esos detalles.

Tras bambalinas, luego de dar por concluida cada transacción, Alberahim y él compartían un brebaje caliente tomado en enormes vasos de vidrio transparente repletos de hierbabuena y té verde, que, servicial, alcanzaba Amina. Al principio, Manuel los había bebido por obligación pero con el tiempo descubrió que ese gusto dulzón y refrescante le agradaba, igual que el ritual de sentarse en los cómodos silloncitos de respaldo alto y almohadón de terciopelo amarillo para charlar de política con Alberahim. Claro está que ese disfrute por el té tenía un motivo adicional: las manos de Amina preparaban y servían la bebida.

Manuel aún estaba envuelto en sus pensamientos cuando la voz de su amigo lo volvió a la realidad.

–Ya casi llegamos a Tánger.

Loyola miró a su alrededor y notó que los demás viajeros se acomodaban para bajar. La embarcación arribaba al puerto.

–Sí, ya se ve tierra –respondió y tanteó sus bolsillos buscando cerciorarse de que los documentos y los billetes estuvieran donde debían.

Como siempre, cada uno iría por su lado; luego, se encontrarían al pie de la barcaza para emprender el regreso y, ya en la cubierta, al cruzar el estrecho de Gibraltar, comentarían las bondades de las telas adquiridas.

El día de trabajo comenzaba: Loyola iría primero al puesto de los botones; luego, al de los hilos y, finalmente, al de Alberahim. Sabía bien lo que quería comprar y cuánto deseaba ver a la muchacha mora.

* * *

Alberahim y Manuel Loyola llevaban varias horas juntos en lo que iba del día; las seis resmas de géneros brillantes y coloridos ya habían sido elegidas, envueltas y cargadas sobre el carro tirado por mula que un muchachito se encargaría de llevar hasta el puerto; la operación con regateos incluidos ya había sido cerrada. La visita llegaba a su fin, lo anunciaba el hecho de que los dos hombres se instalaban en los silloncitos altos de la parte trasera de la tienda para llevar adelante el ritual final de tomar el enorme vaso de té moruno bien hirviendo. Como siempre, Amina fue quien lo preparó; y el español, nuevamente, observó las manos femeninas que lo servían, sumando de esta forma segundos a los minutos que ya había pasado haciendo lo mismo ese

día. Los ojos de hombre sobre las manos de mujer, los ojos de hombre sobre la punta de los pies pequeños que asomaban bajo la larga túnica azul. Pero también algo más: los ojos de hombre sobre los de mujer porque en varias oportunidades las dos miradas se habían encontrado sonrojando a Amina, lo que sucedía cuando Alberahim se hallaba ocupado en otra cosa, ya sea cargar un género pesado, sacar de un cajón un cordel dorado o contar los billetes, porque para los dos jóvenes todo era una buena oportunidad para mirarse. Amina desaparecía tras la cortina y la tranquilidad regresaba a Loyola, su pulso se desaceleraba. La conversación se desenvolvía entre los hombres y sus voces sonaban claras entre tantos géneros.

–Loyola, tengo que decirte que hoy te has llevado las mejores telas de mi tienda a un precio excelente... Mira que te he hecho un gran descuento.

–Estoy seguro de que son las mejores, aunque no sé si puedo decir lo mismo de los descuentos –dijo el español con una pícara sonrisa.

–¡Bah, bah, bah! –dijo el moro agitando la mano, y agregó–: No seas desagradecido, que para ser español bastante aprecio te tengo, porque con lo que vosotros nos hacéis a nosotros los moros, yo no debería haberte hecho ni una sola quita.

–Hombre, deja de quejarte, que tan mal no la pasas. Cada vez tienes más clientes españoles y esto tiene que ver con el protectorado que ha creado España del que tanto te lamentas. No creo que mis compatriotas se animaran a venir a comprar como lo hacen si no estuvieran las factorías en la zona costera.

–¡Jamás será algo bueno que se metan en lo que es nuestro!

La frase de Alberahim fue el puntapié inicial para adentrarse en el tema que siempre tocaban cuando se sentaban a tomar el té: la negativa del pueblo marroquí a aceptar la ocupación europea y a ser tratados como colonia. Los españoles disponían del territorio de Ceuta como una herencia de Portugal desde la Edad Media, y eso, los moros no se lo perdonaban. En 1860 una nueva disputa sobre el territorio africano había llevado a España a declarar la guerra, que, una vez ganada, les permitió obtener un nuevo enclave y una ampliación en Ceuta. La presencia española se había afianzado año a año hasta que en 1884 había creado un protectorado en las zonas costeras con el establecimiento de varias factorías. Esto reavivaba la eterna discusión gubernamental; sin embargo, y pese al encono, el comercio crecía.

Los hombres llevaban media hora de plática política y ya iban terminando los vasos de té, la conversación decaía y parecía que Loyola se marcharía cuando hizo un último comentario que dio un giro inesperado a la charla:

–Entiendo lo que dices, Alberahim, pero todo el mundo quiere estar mejor económicamente y tu país ahora lo está. He leído en los periódicos españoles que vuestra economía ha mejorado notablemente.

–¡Y qué quieres que te digan tus periódicos! Además, aunque fuera verdad, no creo que cambiara mucho mi realidad –dijo levantando la vista del vaso como si arribara a una conclusión a la cual no quería llegar.

–¡Alberahim, si tu negocio está floreciente!

–Sí... pero al fin de cuentas los negocios no lo son todo –dijo en tono resignado.

–No puedo creer que tú me digas eso... –Jamás le había escuchado decir algo semejante a Alberahim; ni a él ni a ningún moro.

–Es que llega un momento de tu vida en que descubres que hay cosas más importantes –concluyó el comerciante.

–¿Cosas...? –A Loyola la conversación comenzaba a sonarle extraña.

–Sí, como la libertad... o la salud –dijo tomando un último trago de té y perdiendo nuevamente la vista en el interior de su vaso.

Manuel pudo sentir con claridad la aflicción en la voz del tendero, lo miró con detenimiento por unos instantes, entonces el rostro del hombre se lo confirmó.

–¿Te encuentras bien, Alberahim? –se atrevió a preguntarle.

–Sí, hummm... bueno, no tanto.

–¿Sí o no?

–No, según el médico. Aunque a los que estudian mucho no les creo todo lo que dicen, tienden a creer más en los libros que en las realidades.

Loyola notó que Alberahim en los últimos meses había bajado bastante de peso.

–¿Estás enfermo?

–Así es.

–Enfermo de algo... ¿grave?

–Sí.

Se hizo silencio.

–Algo... ¿irreversible?

Alberahim movió la cabeza afirmativamente. Loyola se quedó mirándolo sin saber qué decir. No esperaba semejante confianza. Al fin pudo articular:

–Lo siento. ¿Puedo ayudarte?

–No creo, pero no te aflijas. A la muerte no le tengo miedo; toda mi vida he cumplido con Alá y con mi religión y sé a dónde me iré. No tengo temor a lo que pueda sucederme, sino a lo que le pasará a los que queden en esta tierra cuando me vaya.

–¿Te preocupa tu familia?

–Así es, no te olvides de que tengo esposa y cinco hijas que quedarán solas. Por lo que estoy tratando de organizar los casamientos de varias de mis niñas.

–Ay, Alberahim, no quisiera estar en tu lugar.

–Sólo le pido a Alá que me dé tiempo antes de irme para examinar los candidatos y estudiar las *mahr* que me ofrecen por ellas –dijo refiriéndose a las dotes.

Loyola pensó: «Hijas... casamiento... marido. ¡Amina!». Junto al nombre querido muchas ideas vinieron a su mente, pero decidió ser precavido.

–Escucha, Alberahim, no deberías apurarte tanto, tal vez las cosas no sean tan graves como crees. ¿Por qué no pruebas atenderte con médicos españoles?

–Ya lo hice y no fueron optimistas, por lo que he decidido ocuparme de lo que tengo pendiente.

–¿Y qué decisión has tomado?

–He organizado el futuro de la tienda y también el de mi familia. En cuanto supe que lo mío era definitivo, concerté el matrimonio de dos hijas, así que en breve realizaré sus bodas, pero aún me falta casar a dos más. Lo cual es un engorro y un gran gasto. El tiempo corre en mi contra, debo apurarme.

–¿Tu negocio quedará para tu mujer y tus hijas?

Loyola no salía de su asombro, Alberahim estaba en verdad enfermo y planeaba fríamente el futuro de sus descendientes. «No le resultará fácil», entrevió. En medio de su interés por Amina, a Loyola se le colaba la preocupación por el hombre.

–¡Cómo se te ocurre, español! ¡Ellas son mujeres! El negocio quedará para el marido de mi hija más grande. Ya he cerrado trato. Con

el dinero que me dé, haré parte de las fiestas. Además, se encargará de mantener a mi esposa cuando yo no esté.

–Ya veo que has hecho varias previsiones.

–Casaré a todas, menos a la más chica. Ella es sólo una niña. Pero dejaré concertado su matrimonio para que se realice en unos años, cuando yo ya no esté... –repitió con la convicción de quien sabe que el final está próximo. Luego, miró al cielo y exclamó–: ¡Es que al darme cinco mujeres, Alá me ha bendecido y castigado al mismo tiempo!

«Es verdad», reconoció Loyola. Un moro con esa cantidad de hijas jamás tendría paz hasta casarlas a todas. Qué distinto era en España. Le llamaba la atención la parsimonia con que Alberahim enfrentaba la muerte, qué diferente la tomaba un árabe. Pero... ¿y Amina? ¿A ella también ya le había encontrado marido? Una sensación desagradable se le instaló en la boca del estómago. La voz del moro vino a responder su inquietud.

–Aún debo encontrar esposos para Hanna y Amina –dijo pensando en voz alta, como si hablara para sí mismo.

–¿Para Amina? –preguntó y miró en dirección al cortinado rayado en negro y azul que lo separaba de ella, tratando de asegurarse de que hablaban de la misma persona.

–Sí, la que me ayuda en la tienda. Estoy buscándole un marido tendero, ella sería muy útil a alguien con negocio.

Se hizo un silencio pesado, los dos hombres por instantes se sumergieron cada uno en sus propios pensamientos; los de Alberahim buscaban un marido entre los tenderos que conocía pero ninguno terminaba de convencerlo; los de Loyola iban a gran velocidad: si de veras le interesaba la chica, este era el momento de hablar, debía abrir su boca, era ahora o nunca. Se decidió por lo primero.

–¿Darías a tu hija Amina en casamiento a un infiel?

Alberahim lo miró estupefacto.

–¡Cállate, español, no seas ridículo!

–No sería cualquier infiel, sería un buen hombre... alguien que la cuidaría, que le daría un buen pasar. Alguien con quien podría compartir la pasión por los géneros.

Alberahim lo miró a los ojos durante unos instantes, buscaba cerciorarse que había entendido bien a dónde quería llegar el español; luego se puso de pie y lo observó de arriba abajo sin decir palabra. Manuel le sostuvo la mirada, hasta que al fin el moro habló:

–Oye, español, no es tan fácil, está de por medio la religión, el celebrar el casamiento según nuestras costumbres... y tantas otras cosas de las que tú no tienes idea.

–La boda podría llevarse a cabo bajo las costumbres moras, el infiel podría convertirse al islam. Y lo demás se puede arreglar.

Los dos hombres volvieron a mirarse largo y profundo. Esta vez, midiéndose uno al otro.

–El tiempo corre... tú lo dijiste –apostó Manuel Loyola.

La última frase hizo el efecto esperado y Alberahim se puso de pie, caminó unos pasos y se acercó a la cortina a rayas azul y negra del fondo que comunicaba con el otro sector. Desde allí gritó:

–Amina, hija mía, prepara dos copitas de *mahia*.

Manuel lo escuchó sorprendido, sabía que los moros no bebían y Alberahim jamás lo había hecho delante de él. El *mahia* era un licor de higos.

El padre volvió y, frente a Loyola, que también se había puesto de pie, dijo:

–Oye, español, siéntate, que esto no se habla en una hora, ni siquiera en un día. Será en varias reuniones. Y no te prometo nada, sólo veremos.

Tras la cortina, Amina servía el licor. Sus manos se movían nerviosas, temblaban; había escuchado la conversación y entendía perfectamente lo que Loyola había propuesto. Y ella quería lo mismo que él. Porque Amina conocía la forma exacta de las manos de ese hombre español y su manera de acariciar un género cuando le gustaba, había descubierto cómo tamborileaba los dedos contra el mostrador cuando quería cerrar el precio de la compra con su padre y hasta distinguía muy bien sus pasos largos y aplomados cuando estaba satisfecho con la adquisición; se había acostumbrado a su amabilidad y caballerosidad, las disfrutaba, tenía maneras diferentes a los hombres de su pueblo. Ese hombre le gustaba, igual que sus ojos claros, calmos y buenos. Ella no dejaba de asombrarse, jamás hubiera pensado o atrevido a soñar que algo así fuese posible. Tanto lo que él se había animado a proponer como la respuesta que había dado su padre.